
Gente que vive del mar

La génesis y el desarrollo de una sociedad marítima y una comunidad pescadora*

JOSÉ MATEO

Resumen

La pesca comercial marítima en Argentina fue un derivado del modelo agro exportador. A finales del siglo XIX, pescadores italianos y otros inmigrantes conformaron una comunidad marítima y pescadora en un sector adyacente al balneario de Mar del Plata respondiendo a diferentes estímulos del comercio de pescado. En el presente trabajo se aborda el desarrollo de esta comunidad entre 1922 y 1975. Se analizan los antecedentes y la conformación urbana del barrio, la elaboración de una identidad portuaria de sus habitantes y las respuestas sociales de los pescadores a los cambios producidos en la actividad pesquera al abandonarse el modelo de crecimiento por sustitución de importaciones a fines del siglo XX. El trabajo ha sido realizado en base a testimonios de protagonistas, cuya información ha sido triangulada con otras fuentes de origen diverso.

Palabras clave

pesca – pescadores – comunidad – urbanización
Mar del Plata – siglo XX

Abstract

The maritime commercial fishing in Argentina was a derivative of the agriculture exporter pattern. At the end of the XIX century, Italian fishermen and other immigrants conformed a marine and fisher community in an adjacent sector to the beach of Mar del Plata responding to different incentive of the fish trade. This article is an intent to study the development of this community between 1922 and 1975 years. In it there are analyzed the urban conformation of the neighborhood, the elaboration of a port identity of their inhabitants, and the social answers of the fishermen to the changes of fishing activities when the growth for import substitution was ended in the last room of the XX century. The article has been elaborated on protagonist's testimonies that have been triangulated with sources of diverse origin.

Key words

fisher – fishermen – community – urbanization –
Mar del Plata – 20th century



Recibido con pedido de publicación el 25/11/2003

Aceptado para su publicación el 11/01/2004

Versión definitiva enviada el 24/03/2004

José Mateo es profesor de la UNMdP, investigador del CONICET y del Museo del Hombre del Puerto de Mar del Plata, Argentina.

MATEO, José "Gente que vive del mar. La génesis y el desarrollo de una sociedad marítima y una comunidad", **prohistoria**, año VIII, número 8, Rosario, Argentina, primavera 2004, pp. 59-86.

Una versión preliminar del presente trabajo formó parte de la tesis doctoral *De espaldas al mar: La pesca y los pescadores en Argentina (siglos XIX y XX)*, Universitat Pompeu Fabra, 2003. Agradezco los comentarios y sugerencias de Josep Fontana, Ramón Garrabou, Joan-Lluís Alegret, César Yáñez, José María Delgado Rivas, Pere Pascual y de los evaluadores anónimos de esta revista.

The problems of the fisheries are not mere problems of fish and shellfish. They are problems of human beings, their thinking, their needs, their aspirations, and their potentialities.¹

Los problemas acerca de las comunidades establecidas en los litorales marítimos y que viven principalmente del mar han sido bastante abandonados por la literatura de las ciencias sociales. Incluso en sociedades que dependen fuertemente de la explotación marina para su subsistencia sólo han merecido en ocasiones una nota a pie de página cuando algún cientista social realiza el análisis de alguna comunidad agraria. Esto responde a motivos económicos, demográficos e incluso culturales referentes al grado de inserción de la actividad en las diferentes sociedades. A pesar de ello, la pesca y los pescadores están cruzados por todos los procesos histórico-sociales, los que viven con sus particularidades y sus semejanzas con la sociedad global que integran.

Las sociedades de pescadores suelen elaborar complejos sistemas técnicos, sociales y simbólicos para apropiarse del medio marino (sobre el cual es muy difícil ejercer derechos de propiedad, salvo de un Estado frente a otro²) y obtener de él su sustento (básicamente mediante la pesca y la recolección). La antropología fue la primera en advertir la recurrencia tras-cultural de esos sistemas y en elaborar el catecismo teórico de su estudio. Lentamente otras ramas de las ciencias sociales se fueron sumando y enriqueciendo el análisis. La historia recién comienza a ocuparse de la pesca y de los pescadores.

Una sociedad de pescadores es un escenario sociocultural en el que la comunidad está, como aquellas conformadas en torno a una fábrica, íntegramente orientada por el estilo de subsistencia dominante. Éste impregna tanto al hombre como a la mujer, al joven como al viejo, a los pescadores como a los miembros co-comunitarios terrestres que actúan recíprocamente dentro de ese escenario.

Para complicar este cuadro, las personas de las comunidades marítimas parecen generalmente convencidas de que el Estado es incapaz de resolver sus problemas y/o está

¹ DUNN, Lewis "A New Day Coming for North Carolina Commercials", en *National Fisherman*, vol.13, núm. 55, 1974, p. 45.

² El mar territorial de un país se entiende como una propiedad común de libre acceso si se reúnen las condiciones de seguridad y se atiende a la legislación de explotación vigente en cada lugar y época. El Estado otorga las licencias de pesca, supervisa las condiciones de seguridad de las embarcaciones y el esfuerzo de pesca disponible (potencia de motores, arte de pesca utilizado, capacidad de bodega, etc.) y controla dentro de sus posibilidades la pesca furtiva de flotas extranjeras no autorizadas. La proliferación del sistema de "Cuotas Individuales Transferibles" (ITQ según la sigla en inglés) está conduciendo sin embargo a una suerte de arriendo enfiteútico del mar a particulares que está revirtiendo mundialmente la libertad de acceso a la explotación marítima.

vendíendolos a pérdida para permitir otros intercambios nacionales e internacionales.³ Y como si esto no bastara, las sociedades de pescadores suelen ser endogámicas ya que suelen ser objeto de segregación en “barrios reservados”⁴ como sucede en Burdeos, Barcelona e incluso Mar del Plata.

En la ciudad de Mar del Plata, hace ya más de un siglo, se conformó la primera, más densa y más compleja comunidad de pescadores marítimos del país. Esta comunidad fue construida desde cero por inmigrantes europeos como un subproducto colateral de la Argentina agro-exportadora. Los pescadores de Mar del Plata fueron agentes sociales del desarrollo de la pesca comercial marítima en Argentina a la vez que de un proceso de colonización del hoy denominado “puerto” de la ciudad.

La presente investigación aborda la génesis y el desarrollo de esta comunidad analizando los procesos centrales que la afectaron. En primer lugar el inicio de la actividad pesquera marítima a finales del siglo XIX, para atender a las demandas de las clases enriquecidas con la agro-exportación. En segundo, la conformación en las primeras décadas del XX de un pueblo de pescadores en torno a un anacrónico puerto de ultramar. En tercero, el desarrollo de una industria conservera potenciado por el modelo de industrialización sustitutiva, que vivió un impulso fundamental a partir de la demanda de vitaminas durante la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, se intenta una reflexión acerca del declive y crisis de la comunidad pesquera marplatense asociada a la pérdida no menor de socio-diversidad profesional pesquera que de biodiversidad de la biomasa marina. Trataremos, siguiendo a Steve Stern, de ir construyendo puentes entre las memorias sueltas y las memorias emblemáticas en el proceso de construcción de la comunidad portuaria marplatense.⁵

1 – La comunidad pesquera marplatense

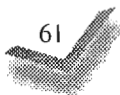
Habitualmente, las costas marítimas de muchos países engarzan un rosario de pueblos y ciudades que concitan el interés turístico por sus playas o por la práctica de los deportes náuticos. La mayor parte de ellos han sido en su origen “pueblos de pescadores”, y muchos todavía conservan, arrinconados por bañistas y puertos deportivos, algunos vestigios de esa actividad.

Argentina, a pesar tener alrededor de 1500 kilómetros de costas aprovechables y 370 kilómetros (200 millas náuticas) de extensión de su zona económica exclusiva (ZEE) adyacente al mar, cuenta sólo con un “pueblo de pescadores” marítimos merecedor de tal

³ SMITH Mary Estellie “Introduction”, en SMITH, Mary Estellie (comp.) *Those Who Live from the Sea: a study in Maritime Anthropology*, West Pub. Co., Sant Paul, p. 5.

⁴ GEISTDORFER, Alette *Pêcheurs acadiens, pêcheurs madelinots. Ethnologie d'une communauté de pêcheurs*, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1987, p. 12.

⁵ STERN, Steve “De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como un proceso histórico (Chile, 1973–1998)”, en AAVV *Miradas para un nuevo siglo*, LOM, Santiago de Chile, 2000, pp. 11–33.



denominación.⁶ En realidad éste se corresponde con un barrio de la ciudad de Mar del Plata. Las fuerzas políticas y económicas de esa ciudad impulsaron, sobre fines del siglo XIX, la pesca marítima comercial en el país, como complemento del turismo. Pero cuando ésta ocupó espacios físicos incompatibles para la idea que se tenía de ciudad turística en esos años, los pescadores fueron desplazados de sus asentamientos originales. En el puerto construido tardíamente por el impulso agroexportador y en el barrio contiguo a él se intentó esconder a los pescadores de los turistas tanto o más que promover la actividad pesquera. Desde la banquina los pescadores marplatenses en sus lanchas amarillas fueron durante mucho tiempo un símbolo de la ciudad: pequeñas empresas familiares de inmigrantes italianos, en las que al trabajo esforzado y riesgoso seguía una vida económicamente desahogada.

A partir de un grupo primigenio de colonos pescadores se gestó en Mar del Plata una comunidad que vivió de la actividad pesquera y que compartió tanto parte del producto de su trabajo como su vida de relación cotidiana con una sociedad que se conformó –territorial y socialmente– en torno a esta producción. Esta comunidad interactuó con el resto de la sociedad local y nacional de diversas formas (básicamente en las prácticas políticas y en el intercambio comercial) pero se mantuvo en un aislamiento mayor en otras.

En uno de los primeros análisis de comunidades pesqueras, John Barnes⁷ estableció tres campos (en el sentido que posteriormente le asignó Pierre Bourdieu) concordantes en la actividad social: uno dinámico (el de la producción o extracción), otro estático (el doméstico, la administración, las actividades comerciales) y un tercero que aglomera a ambos, el conjunto de vínculos primarios la trama social. Este tipo de análisis jerarquiza los diferentes niveles de los vínculos personales para explicar ciertos comportamientos que *a priori* pueden resultar extraños a la racionalidad económica o política. Estas relaciones continuadas en el tiempo suelen presentar ciertos *hábitus* o costumbres⁸ que desafían el mero cálculo entre agentes sociales.

En tal sentido, considero que las relaciones sociales en el interior de una comunidad son una construcción histórica que pueden seguir ciertos patrones, sintetizables analíticamente a veces, pero que no se agotan en ellos. Eso sí, la pertenencia a una comunidad, con los derechos y deberes que ello implica, suele hallar su legitimación en los vínculos primarios que existen entre sus miembros; pero, al mismo tiempo, el proceso vital de cada comunidad puede cargar a estos vínculos o lazos sociales de contenidos de naturaleza *sui generis*,

⁶ Nos referimos a una comunidad con un patrón de asentamiento compacto, cuya principal actividad económica y culturalmente es la pesca. Si bien en las últimas dos décadas se han desarrollado otras terminales pesqueras en el litoral patagónico la residencia de los pescadores no suele estar asociada al puerto base de las embarcaciones pesqueras.

⁷ BARNES, John “Class and Committees in a Norwegian Island Parish”, en *Human Relations*, 1954, vol. VII, núm. 1, p. 41.

⁸ Si seguimos a THOMPSON, Edward “Costumbre, ley y derecho comunal”, en *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 116.

incluso opuestos a los intereses –individuales o colectivos– de sus miembros. La comunidad halla el principio de su existencia en la historia, incluso a veces inventando tradiciones,⁹ lo que no excluye que la realidad histórica de las formas sociales y su diversidad sea comprensible colocada bajo conceptos unificadores y que éstos sean a la vez muy útiles para elaborar un plan para el análisis.

2 – Doble desalojo y exilio

La saga de la pesca marplatense es bastante conocida. Los pescadores, con sus balandras a vela fueron durante las primeras décadas del siglo XX una imagen regular en las postales de la villa. Pasó el tiempo y el efecto clásico del turismo sobre los pescadores comenzó a tener lugar, más que por el tipo de turismo de elite de la época por la interpretación que hacían de él los gestores locales de la actividad. La expansión edilicia sobre la costa generó los primeros conflictos entre los pescadores y la corporación municipal de Mar del Plata apenas iniciado el siglo XX.¹⁰ De este conflicto surgió un primer desalojo de los pescadores de sus viviendas a la vera del mar, luego un segundo de sus embarcaciones de las playas céntricas y finalmente el exilio hacia el que será su asentamiento hasta el presente.

Las viviendas de los pescadores así como las casillas para conservar las redes y arreglar los enseres de pesca se levantaban sobre las arenas de la playa céntrica contra una pequeña barranca de tosca que la limitaba tierra adentro. Este fue el objeto del primer desalojo. De acuerdo con Fernando de Lahille, muchos aceptaron la mudanza amenazados de tener que desalojar después la playa a la fuerza sin recibir la más leve indemnización. Les obligaron a sacar las casillas y ponerlas cerca de donde actualmente está la estación terminal de trenes (hoy de ómnibus), un lugar aún hoy anegadizo y alejado en ese entonces del casco urbano y de sus embarcaciones. La zona fue conocida popularmente como la

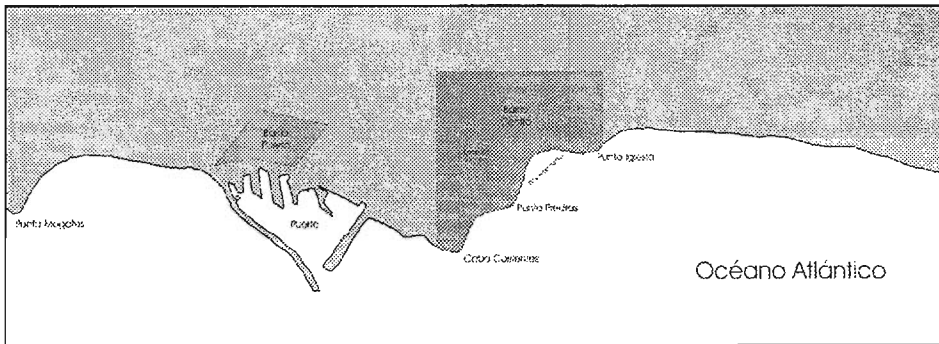


Figura 1: Costa de Mar del Plata (elaboración personal).

⁹ HOBSBAWM, Eric *The invention of tradition*, Cambridge University Press, 1983, p. 13.

¹⁰ LAHILLE, Fernando de *Los pescadores y la Municipalidad de Mar del Plata*, Taller de Impresiones de la oficina Meteorológica Argentina, Buenos Aires, 1902, p.12.

“Tierra del Fuego”, por lo lejana dicen unos, por que allí se cocinaban langostinos dicen otros.¹¹ [43]

La municipalidad tenía planes ambiciosos que no integraban a los pescadores. Proyectaba una ampliación de la rambla sobre la que se ubicarían en temporada una serie de negocios. Tal proyecto se superponía con la zona de costa en la que se dejaban en seco las embarcaciones, protegidas del peligro de que una creciente las arrastrara o arrojara contra las piedras. El gobierno municipal logró correrlos de su lugar de trabajo hacia un lugar más peligroso (llamado “Punta Piedras”), donde quedaban al descubierto frente al oleaje que de ordinario se genera de sur a norte. El atraque además era riesgoso dado que las pequeñas embarcaciones a vela quedaban con las olas de través y los fondos son de tosca dura y arenisca.[47] El lugar donde se iba a construir la rambla era el lugar más apropiado para penetrar al mar sin riesgos, pero la posición de negociación de los pescadores frente a la conservadora y oligárquica corporación municipal era de extrema debilidad. Cuando las primeras obras del puerto fueron tomando forma, los pescadores comenzaron a trasladarse hasta allí para operar desde dicho lugar, en una mezcla de éxodo, exilio y cierta esperanza.

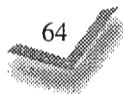
3 – La “empresa francesa”

La industrialización europea y norteamericana tuvo como correlato el desarrollo de economías primario-exportadoras nacidas según sus ventajas comparativas. El comercio entre puertos separados por grandes distancias fue favorecido desde finales del siglo XIX por las mejoras en los transportes y en las comunicaciones. Grandes veleros y barcos a vapor cargados todos ellos con mercaderías y personas cruzaron el Atlántico. Fue necesario para esto construir o mejorar los puertos para que las embarcaciones pudieran atracar más rápidamente y cargar y descargar con mayor facilidad.

El de Mar del Plata fue uno de los pocos puertos construidos desde cero y en un espacio que requería que éste fuera artificial en su totalidad. La edificación de un puerto enteramente fabricado en un área totalmente despoblada requirió la construcción de una verdadera “cabeza de puente” a partir de la cual abordar la obra. La obra se inició en 1911, se detuvo durante la Primera Guerra Mundial y se inauguró en su primera parte en 1922. A pesar de utilizar la tecnología más desarrollada para la época, la empresa debió de emplear a más de un millar de operarios.[16]

La traza original de lo que sería años más tarde el barrio puerto o “pueblo de pescadores” fue realizada por la empresa constructora del puerto. El obrador fue la primera edificación, iniciándose de inmediato la construcción de la “casa de la empresa”, una importante construcción de piedra que servía de oficinas y vivienda del personal jerárquico y que aún se conserva.

¹¹ A efectos de reservar la identidad de los entrevistados, he numerado las referencias de las entrevistas utilizadas en el trabajo informando al final edad, sexo y ocupación del entrevistado.



Muchos operarios calificados provenían de los diferentes lugares en los que la empresa había realizado obras (entre otros Francia, Argelia, Bilbao y Montevideo) y residían en las cercanías de la obra. Las viviendas de todo este personal fue uno de los problemas a resolver con mayor urgencia. La empresa construyó oficinas y viviendas para parte del personal que ocupaba e incluso algunos comercios para abastecerlos, aprovechando las franquicias obtenidas por el estado argentino para ingresar productos.

Las viviendas de los obreros se extendían desde el Boulevard Mar del Plata (llamado años después Cincuentenario y finalmente Juan B. Justo) hasta la actual 12 de Octubre. Eran unos 400 metros sobre el camino hacia el faro de Punta Mogotes, sobre los que se ubicaron un rosario de casas de chapa y madera. El asentamiento de la empresa exhibía la jerarquía diferencial en las formas habitacionales de los diferentes empleados de la empresa. Los más altos directivos vivían en “la casa francesa”, “casa de piedra” o “casa de la empresa” por muchos años la vivienda más lujosa e importante del barrio en su construcción y en su mobiliario.

En los primeros años la tutela ejercida por la empresa fue total. Incluso algunas mujeres o hijas de estos operarios fueron empleadas por la empresa constructora en tareas administrativas o domésticas, fortaleciendo una identificación muy fuerte entre empleador y comunidad.[17]

A diario se repetía la imagen equivalente a los pueblos erigidos en torno a una fábrica, con la salida de cientos de obreros al finalizar la jornada. Quizás el elemento diferente lo constituía la lengua (francés, árabe, castellano, etc.) que seguramente sirvió de aglomerante a grupos diversos al menos en los primeros momentos. Otros en cambio, trabajaban con tiempo cortado pudiendo ir a comer a sus casas.

La primera aristocracia del barrio fue profesional y se superponía con la posición de los individuos dentro de la obra. La distancia social impuesta por los directivos de la empresa tuvo también manifestaciones materiales (vallados) que formalizaban el aislamiento de los directivos. Esta diferencia en la cúspide social se extendía hacia la base según el cargo, la especialización y su correlato en salario. Sin embargo, la convivencia cotidiana sobre todo en los aspectos domésticos fue generando fugas de sociabilidad entre mujeres e hijos de directivos y de obreros, fortaleciendo aún más la identificación colectiva con la empresa. Esta vinculación se extendía a los ámbitos limitados de la educación y sobre todo al servicio doméstico.

El recuerdo de la empresa de quienes estuvieron vinculados a ella es en general positivo, tiempo transcurrido mediante. Se recuerda en las fiestas de Navidad y Reyes el reparto de juguetes entre los hijos de los empleados [16] y una serie de servicios de los cuales los habitantes del barrio –empleados o no– disfrutaban gratuitamente. Sin embargo hay algunos cuestionamientos referidos a la relación laboral, como la obligación “moral” de trabajar los domingos.

No me voy a extender más sobre las implicancias y vericuetos de la obra, que merecen en sí un análisis profundo desde muchas perspectivas. Sólo diré que con la construc-

ción, la zona comenzó a reunir y a consolidar una serie de funciones urbanas como escuela, iglesia, comunicaciones, comercios, lugares de esparcimiento y deporte, seguridad, etc. Éstas, sumadas a la construcción de una dársena para pescadores, suscitaron el interés suficiente para atraer a los pescadores del centro, tanto en lo laboral como en lo residencial, activando también el negocio inmobiliario y comercial.

4 – El traslado de los pescadores y el desarrollo urbano inicial

A pocos años de iniciada la construcción algunos pescadores percibieron la comodidad y seguridad que este puerto ofrecía y la facilidad con que todos los días podían salir a pescar. Algunos trasladaron sus embarcaciones hasta allí y otros se fueron incluso a vivir en su cercanía. Comenzó con estos primeros pescadores a conformarse el pueblo de pescadores anejo al barrio de la empresa.

Según el matutino socialista *El Trabajo* del 15 de mayo de 1916, 300 familias vivían de la actividad pesquera y muchas ya residían en la zona portuaria. En 1917 se concretó la ubicación de los pescadores en la dársena actual con 100 lanchas a motor y vela. En 1922, al inaugurarse el muelle N°1 de cabotaje, habitaban el barrio unas 1800 personas (incluidos los que trabajaban en la construcción del puerto), el número de embarcaciones había crecido a 150 y se extraían entre 20 y 60 toneladas diarias.¹² En 1920 la cantidad de pescadores, según Luciano Valette,¹³ era de 647, pero éstos todavía mayormente hacían sus capturas en las playas del centro de la ciudad. La naturaleza dio el toque final para forzar el traslado.

En 1924 fueron arrastradas del muelle de pescadores 21 embarcaciones amarradas. El historiador local Julio César Gascón escribió: “Es inenarrable la situación desesperante que les creó la pérdida a esos modestos obreros del mar que quedaron sumidos en la miseria.”¹⁴ Una comisión de vecinos notables, integrada por el propio Gascón, organizó varios eventos para recuperar las lanchas perdidas. Una colecta realizada entre caracterizadas personas de esa época reunió el dinero necesario para entregar el mismo número de lanchas que desde entonces fondearon en el puerto: 70 unidades, todas a motor.

Con las embarcaciones en la banquina y una vez que el ferrocarril llegó a la zona del puerto —como transporte de materiales para la empresa primero y pescado después—, se fue conformando el primer barrio de pescadores de la Argentina, conocido durante mucho tiempo como “pueblo de pescadores” y hoy como “barrio puerto”, realmente un nicho ecológico dentro de la cambiante ciudad de Mar del Plata. Allí la comunidad pesquera —al

¹² GAMES, Alicia y GUZMÁN, Lilia “Mar del Plata y sus pescadores”, en *Todo es Historia*, núm. 271, enero de 1990, p. 14.

¹³ VALETTE, Luciano *Explotación de las industrias marítimas en las costas de la República Argentina*, Ed. de la Revista de Ciencias Económicas, Imprenta de la Universidad, Buenos Aires, 1925 [apéndice documental].

¹⁴ GASCÓN, Julio César *Del arcón de mis recuerdos. Mar del Plata anecdótico*, Talleres Gráficos Padilla y Contreras, Buenos Aires, 1946, p. 167.

igual que en San Pedro en California o Gloucester, y tantos otros lugares— tuvo un componente esencial en la inmigración italiana. Mayoritariamente del *mezzogiorno*, esta migración estaba asociada a las corrientes migratorias que se orientaron hacia Argentina en torno al novecientos, pero con un fuerte impulso en la segunda posguerra.

Con el traslado de los pescadores al puerto se montaron las bases para el negocio inmobiliario, en principio y por mucho tiempo el de lotes de terrenos para la ubicación de viviendas. Sobre los lotes, casi siempre arrendados, comenzaron a erigirse viviendas similares a las del barrio de La Boca en Buenos Aires. Mientras en California competían con los pescadores chinos y en la bahía de Massachussets con los experimentados pescadores locales, en Mar del Plata la pesca fue monopolio de los inmigrantes italianos.

Las viviendas, de madera y chapa, muchas veces habían sido adquiridas por quienes las habitaban —la carpintería Tiribelli vendía a plazos algunos de los materiales— pero no así el terreno adonde se asentaba. Una curiosidad que se asemeja a la “tirada de la casa” de la isla de Chiloé era el traslado de la vivienda de un lote a otro, tarea que incluso tenía especialistas de renombre que se ocupaban de la tarea. Si bien los recuerdos acerca de estas viviendas las evocan como confortables y amplias, algunos de los inmigrantes no estaban acostumbrados culturalmente a ellas añorando las sólidas de piedra de Italia.

Los hogares mencionados referían a pocas familias, pues no eran en principio abundantes. Como mayormente ocurre, surgieron las casas de inquilinato o “conventillos”, donde se daba hospedaje en habitaciones compartidas.

Si consideramos lo que ganaba por día un obrero calificado de la empresa, vemos que el valor del alojamiento no era un rubro menor al considerar el presupuesto doméstico. El alojamiento de los inmigrantes fue en todo el país un gran problema y un gran negocio a la vez que suscitó más de un conflicto social.

Otro problema a resolver fue el traslado de personas entre el puerto y “el centro” de Mar del Plata. Algunos operarios de la empresa o pescadores que no residían en el puerto debían caminar durante horas para llegar hasta allí. Y si bien el barrio fue brindando progresivamente solución a las necesidades cotidianas, la dependencia respecto del centro de la ciudad se mantuvo por mucho tiempo. El transporte fue progresivamente facilitado. A un coche de la empresa y al camioncito de “el Pinche” que hacía el traslado de objetos y de personas, se fue sumando el tranvía tirado por caballos primero y por locomotora más tarde. Con la pavimentación de algunas de sus calles en la década de 1930 llegó el transporte “colectivo”. En ese año se instalaron dos grifos de agua corriente y la urbanización fue siendo completada con un puesto policial,[54] una escuela y un galpón que oficiaba de iglesia.[6]

La “Asistencia Pública” tardó unos años en concretarse. Los servicios de salud fueron cubiertos en los primeros tiempos por la empresa, que debió ocuparse de los primeros auxilios a la salud de sus operarios. Si bien en el centro existía un hospital público, por ese entonces bien equipado y gratuito, la empresa tenía su propia enfermería.[9]

La enfermera y partera (“doña Josefa”), también había sido traída al barrio por la empresa desde el Uruguay. Junto a una comadrona eran quienes asistían en los partos que

se producían en el barrio.[56] En la enfermería también se aplicaban inyecciones, incluso a deshoras y en tratamientos prolongados. También se establecieron farmacias, siendo una de las más recordadas la de un uruguayo hijo de franceses, el cual a su vez era un alto administrativo de la empresa.[16]

De la salud también se ocupó, entre otras de sus funciones, la “Sociedad Cosmopolita”, hasta que, hacia 1930, la municipalidad instaló una sala de primeros auxilios (enfermería) asistida por un enfermero y con la concurrencia de un médico una vez por semana.[9]

Hacia 1933 y merced a gestiones del gobierno socialista en la comuna,[21] se inauguró finalmente la Asistencia Pública.[58] Años más tarde, al desarrollarse la actividad cooperativa y sindical, nacieron las mutuales de la Asociación de Pescadores y Afines y la del Sindicato de Obreros de la Industria del Pescado.[12]

5 – Comercio y crédito

A partir de su colonización por operarios de la empresa y pescadores en la segunda década del siglo XX, el barrio fue siendo vestido de comercios. En un primer momento fueron comercios “de ramos generales” o “despachos de bebidas”. Pero de a poco fueron surgiendo los rubros separados. Los apellidos de los comerciantes eran mayormente españoles, catalanes, árabes y armenios. Los nombres de los comercios eran emblemáticos: “La flor de Andalucía”¹⁵, “El Líbano” o “Monte Aratat” [56] y hacían juego con esos apellidos. Algunos, además de la venta de productos, hacían préstamos de dinero[38] (aunque no hay quejas de usura entre los testimonios). Muchos trabajadores de la empresa intentaron un ingreso adicional a tiempo parcial con el comercio minorista, que abría sus puertas luego de la jornada de trabajo.

La primera calle, “12 de octubre”, se constituyó en el centro comercial del barrio. Los almacenes de Sanz, Delgadillo y Boubeé, la librería y venta de diarios de Abraham e incluso algunos talleres artesanales como zapaterías y zinguerías se ubicaron sobre esta arteria. Lo más cerca posible a ese núcleo se dispusieron otros comercios como vinerías, ferreterías y ventas de ropa.

Como en toda población objeto de colonización –y no es exclusivo de éstas– no faltó la venta ambulante, casa por casa, de diversos productos. Estos mercachifles eran generalmente sirios o libaneses (los “turcos”) vendedores de ropa y telas. Pero además de estos buhoneros, recorrían las calles el panadero, el lechero,[23] el verdulero e incluso el carnicero.[19] Estos referentes del comercio no llegaban a agotar las necesidades de la comunidad y sus miembros debían trasladarse hasta el centro de Mar del Plata para una diversidad de compras o para obtener mejor calidad y precios.

¹⁵ De doña Carmen alias “la vieja macanuda” [52].

Las ventas se hacían sobre una base de confianza mediada por una práctica del crédito cotidiano o “fiado”. Los testimonios abundan e involucran en este tipo de operaciones tanto a comercios fijos como a ambulantes.[6] Como afirmara Benedict,¹⁶ la distancia étnica permite ser menos inflexible en cuestiones de crédito con los clientes. De allí que haya sido habitual que aquellos dedicados al comercio cotidiano no pertenecieran a las etnias mayoritarias en el barrio. Si bien los árabes y los españoles eran numerosos,[19] el barrio fue una colonia italiana en forma crecientemente dominante. Sin embargo, al ocurrir un naufragio, algo tan temido como esperado, los pasivos de los causantes eran olvidados por los comerciantes.

6 – Una comunidad étnicamente compleja y una identidad en construcción¹⁷

En el puerto se conformó una verdadera *babelia* con descendientes de europeos, sirios, asiáticos y de las diversas etnias americanas, que podía percibirse recorriendo sus calles. Entre algunos criollos, el puerto concentraba, *grosso modo*, a pescadores italianos, a constructores franceses y uruguayos y a comerciantes árabes y españoles.

La pesca fue una actividad sobredeterminada por la italianidad, como ya hemos visto, en su mayoría napolitanos y sicilianos. Sin embargo, existían algunos pescadores – sobre todo en la época del tiburón– provenientes de otras corrientes migratorias e incluso criollos, como algunos picapedreros tandilenses [15] que se hicieron pescadores. Un naufragio masivo de 1946 señaló a muchos apellidos españoles, y otros naufragios anteriores incluso a japoneses.

Como en muchas otras profesiones que necesitaban la venia del Estado para ser realizada, muchos pescadores tuvieron que adoptar la nacionalidad Argentina. A partir de entonces sin embargo una minoría declaró como su nacionalidad (sobre todo los más jóvenes) la argentina, otros aclaraban ser naturalizados y el resto siguió presentándose como italiano u otro origen. La lengua, en sus variantes regionales se mantuvo dentro de la comunidad. La integración a la sociedad de destino de los italianos fue lenta. Quizás el proceso más notable de adaptación neolocal se produjo entre la comunidad árabe.

¹⁶ “En muchas comunidades pequeñas es habitual que el tendero, que es la figura clave de las relaciones entre acreedores y deudores, sea de origen étnico o religioso distinto al de sus clientes. De este modo, al no tener fuertes lazos de parentesco y amistad con ellos, puede actuar de modo más impersonal como acreedor y, por tanto, tener más éxito en sus negocios” (BENEDICT, Burton “Características sociológicas de los pequeños territorios y sus repercusiones en el desarrollo económico”, en BANTON, Michael *Antropología social de las sociedades complejas*, Alianza, Madrid, 1990, p. 47).

¹⁷ Utilizamos el concepto de pertenencia étnica en principio con su sentido sustantivista, es decir corriente, como conjunto lingüístico, cultural y territorial. Sin embargo reconocemos el aporte metodológico y explicativo de las perspectivas “dinamistas” o “interaccionistas” que interpretan la identidad étnica o etnificación como resultado de la interacción social y la existencia de “fronteras” (siguiendo a Frederic Barth), es decir una recodificación étnica constantemente renovada de las diferencias culturales entre grupos vecinos. En el caso de este estudio estas cuestiones deben todavía ponerse como interesantes hipótesis de trabajos futuros (Cfr. BARTH, Frederic *Los grupos étnicos y sus fronteras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976).

El primer paso para licuar el origen lo daban en la oficina de migraciones, haciendo más familiares los apellidos exóticos. No predominaba entre los árabes del puerto una actitud gregaria, lo que llevó a que no se conformara una colectividad que actuara conjuntamente para conservar su identidad. Finalmente, el matrimonio y la educación completaban el proceso de adaptación cultural. Los árabes del puerto al menos realizaron un sincretismo religioso y cultural, observando una religiosidad católica en sus manifestaciones externas pero que conservaba aspectos de la ritualidad islámica observados en la vida privada.

Juntas, pero no revueltas, las diferentes etnias que conformaron la comunidad portuaria llegaron a acuerdos de convivencia, mediante los cuales sobrellevaron los duros primeros momentos de la conformación del barrio de pescadores.

Muchos testimonios señalan que el barrio era un lugar agradable y seguro donde "la puerta exterior de la casa nunca se cerraba, aunque tuviera llave; tal la tranquilidad y la seguridad con las que se vivía entonces."[60]

A pesar de la complejidad de orígenes existía una cohesión solidaria entre sus componentes que se manifestaba en la interacción cotidiana y en situaciones particulares. Dos momentos que suelen ser claves en la convivencia y que requerían de la colaboración de los vecinos eran, en primer lugar, la construcción de la vivienda. En segundo, no menos importante ni menos cohesionante, la ocasión de un nacimiento.

Las redes de solidaridad de las mujeres cuyos maridos ejercen la pesca es uno de los temas clásicos en la investigación social de temas pesqueros. La espera, la posibilidad del naufragio siempre latente y la resolución de los problemas cotidianos –nacimiento del hijo o hija incluidos– son generadores de pautas de convivencia particulares, aun con aquellas familias que no ejercen directamente la actividad pesquera. Una forma de retribución de la comunidad pesquera hacia sus vecinos –sobre todo por tener una demanda limitada de su producto– parece haber sido la donación directa de parte de las capturas.[19]

El cotidiano vivir de la comunidad fue elaborando instancias de solidaridad diferentes, sesgadas por edad, sexo y deseos de interacción. Algunas actividades invitaban a la participación conjunta de la familia, otras eran privativas de las mujeres y hombres jóvenes, y otras eran práctica habitual de los hombres adultos. Entre las primeras encontramos el cine, las fiestas, el carnaval o las manifestaciones religiosas (la misa o el culto al nutrido panteón de santos). Entre las segundas el lugar más destacado lo ocupaba el baile. En las últimas, como ocurre en gran parte de las sociedades occidentales, la sociabilidad se daba en las gestas deportivas –dominadas ampliamente por el fútbol– y en la concurrencia al bar o "boliche" luego de una jornada de trabajo. Estas actividades también tuvieron un *crescendo* vinculado al desarrollo histórico del barrio.

El cine comenzó siendo la proyección ambulante de películas mudas que recorría los distintos barrios de la ciudad. Posteriormente, un comerciante de apellido Ibarra construyó un edificio de madera,[45] en el cual se proyectaban también películas mudas hasta que, en 1935 ó 1936, se abrió paso el cine sonoro.[33] Eran habituales las proyecciones de películas en episodios,[10] lo que mantenía la concurrencia semanal de los habitués. Muchos

italianos eran también amantes de la ópera, pero para oírlos no tenían más remedio –salvo en alguna fiesta de los pescadores en que se contrataba algún cantante lírico– que trasladarse hasta la ciudad de Buenos Aires cuando sus posibilidades económicas y laborales se lo permitían.[1]¹⁸

La primera manifestación de sociabilidad y esparcimiento nacida de la comunidad portuaria fue la fiesta de los pescadores. Era la actividad social colectiva más importante desde su implantación hacia finales de la década de 1920 hasta nuestros días. Si bien el contenido ha sido transformado por acción del desarrollo turístico, todavía es muy sentida por la gente del barrio. La celebración se realizaba en el mes de febrero y tenía una faz religiosa –con misa, procesión y bendición de las embarcaciones pesqueras– y otra más profana con desfiles, demostración de habilidades náuticas y terrestres, justas deportivas, espectáculos artísticos, fuegos artificiales y paseos marítimos. Era una de las contadas oportunidades en las que se les permitía a “las faldas” –de sacerdotes y de mujeres– subir a bordo de las embarcaciones, ya que tradicionalmente era considerado de mal augurio.

Toda la comunidad, sobre todo aquéllos ligados de alguna forma a la actividad pesquera, participaba de su gestión. La celebración duraba toda una semana, durante la cual el programa de actividades era muy variado y permitía la participación, como actor o como público, de toda la familia. La fiesta de los pescadores contó desde sus inicios con la presencia de importantes personalidades de la política nacional, y era lugar para que los patronos pescadores les hicieran públicamente sus reclamos.¹⁹

Otra celebración de participación colectiva y masiva era el carnaval, con su desfile de disfraces y carrozas o “corso”. En las calles se hacían durante el día carreras de embolsados y desfiles y bailes por las noches.[18] Esta celebración, a diferencia de la fiesta de los pescadores, era de participación vecinal casi exclusivamente dado que se celebraba simultáneamente en toda la ciudad y no representaba un atractivo turístico particular como la fiesta de los pescadores. El corso y el relativo desenfreno del carnaval requerían la cuidadosa vigilancia de los padres para proteger la virtud y el “qué dirán” de las jóvenes. El baile era la actividad privativa de los jóvenes –bajo la atenta mirada de los adultos– en los cuales existía la posibilidad de hallar pareja.²⁰

Los lugares en los que se realizaban los bailes eran diversos. Se aprovechaba cualquier salón que reuniera condiciones adecuadas como algún local de la empresa, la Sociedad Cosmopolita, el cine o, sobre todo, los locales de los clubes de fútbol.

La actividad masculina por excelencia fue el fútbol. La actividad deportiva fue intensa en el barrio. Los franceses de la empresa construyeron canchas de tenis y se organizó un

¹⁸ La compañera Marta Palomares me ha observado al respecto que las representaciones operísticas eran mucho más habituales y populares en el pasado en la ciudad de Buenos Aires, no estando limitadas a los edificios destinados al canto lírico.

¹⁹ Hábito que se mantiene en la actualidad, aunque sin la virulencia que suelen tomar los reclamos de la exposición anual de la Sociedad Rural Argentina.

²⁰ Es notable que el mayor número de testimonios acerca de los bailes provengan de entrevistadas mujeres.

club de remo y náutica, pero el fútbol reinaba entre los sectores populares, pescadores o no. Pedro Seré, farmacéutico y funcionario de la empresa (de quien ya he hablado), no sólo es recordado por su farmacia o por su actuación en la construcción del puerto, lo es también como fundador de la Sociedad Futbolística Marplatense.[34] El primer club fue fundado en 1913 por la empresa y su nombre, “Aldosivi”, se conformó con las iniciales de sus primeros propietarios (Allard, Dollfus, Sillard y, por sonido de monsieur Wirriot). Años más tarde (1927) fue fundado el club “Barcelona” que al poco tiempo cambiaría de nombre a “Talleres”, conservando no obstante “les quatre barres” en su “senyera”. [45] El fútbol, como casi todos sabemos, es el deporte que más expresa la identidad. Entre ambos clubes surgió una suerte de “guerra florida” interétnica.²¹

Más adelante se fundarían los clubes “Banfield” (1941) y “Ministerio de Obras Públicas” (1949), pero de lejos el más representativo del puerto ha sido Aldosivi, que a pesar de haber nacido de la mano de la empresa su logotipo es un tiburón. Los clubes centralizaban una serie de actividades además de las deportivas. Allí se realizaban bailes en diferentes momentos del año, se festejaban las fiestas patrias o se llevaban a cabo reuniones de distinto tipo. [51]

Otros entretenimientos “domingueros” de la gente del puerto de los primeros años, ya llegando a los de la década de 1940, eran observar las carreras de bicicletas y de karting,[38] o participar en el juego de las bochas o petanca.[3] En un ámbito más privado, era habitual oír la radio, formándose un corro en torno a las radionovelas.[18] A pesar de todas estas alternativas, muchos pescadores utilizaban su tiempo libre real –descartando aquel que dedicaban a recomponer y acondicionar sus instrumentos de trabajo–, para descansar[3] o para pasar el rato con vecinos y colegas en el bar o “boliche”, el ámbito de sociabilidad más cotidiano para la mayor parte de los hombres. Los bares estaban en la frontera entre esparcimiento inocente y la “mala vida”.

7 – La buena y la mala vida

La organización temporal del trabajo en la pesca afecta las posibilidades de generar oportunidades para establecer y mantener amistades fuera del grupo ocupacional. Pasarse un rato en el boliche era la forma de relax más habitual entre los hombres de la comunidad portuense. Los bares propiamente dichos tardaron en aparecer, pero muchos almacenes (como el existente incluso antes de iniciarse la obra en la parada que constaba en la zona camino al faro de Punta Mogotes) conjugaban la venta de provisiones con el despacho de bebidas y alguna actividad lúdica.

El frente inocuo de muchos de estos establecimientos –donde al igual que en los clubes también se jugaban juegos de naipes “de salón”[51]– podía ocultar en sus fondos las más diversas experiencias. Éstas eran conocidas o intuitas por la comunidad y toleradas por las autoridades.²²

²¹ Hasta que Aldosivi se hizo hegemónico y el rival “histórico” pasó a ser Alvarado.

²² “Había un boliche en la esquina medio ‘mafioso’, en 12 de octubre y Figueroa Alcorta”[32]

El juego por dinero, al estar prohibido desde 1917, debía realizarse de forma no notoria, con la complicidad muchas veces de aquellos que debían reprimirlo. Una de estas actividades, que encuentra parangones en muchos lugares del mundo²³ era la tradicional y culturalmente difundida riña de gallos.

En lugares más alejados se realizaban carreras de galgos,[38] las cuales eran autorizadas en algunos momentos del año para amenizar algún festejo. Otro juego *non sancto* por las apuestas, con raíces coloniales, europeas e incluso árabes, era la *taba*.²⁴

Como en toda comunidad, y más portuaria, las ahora denominadas “zonas rojas” convivían con la población. Dirá Fernando Greco en su libro,²⁵ recordando andanzas de su padre:

“El camino era oscuro y solitario pero donde se ponía peligroso era al pasar el Cementerio de La Loma. Allí, noche tras noche, había tiros entre ladrones y gente de mal vivir que explotaban el negocio de la trata de blancas y que dirimían con las armas la posesión de éstas.”

Esta zona parece haber estado en la periferia del barrio, en las cercanías del cementerio adyacente a la frontera natural formada por la avenida Juan B. Justo. Muchos, como el padre de Greco, debían pasar por allí de noche al regresar del centro.[22][46]

La información aportada por los entrevistados en este sentido no ha sido muy abundante. Sí lo son aquellos que marcan ciertos niveles de violencia y delitos cometidos en el barrio durante la conformación del tejido social.

Muchos testimonios hacen una analogía con la imagen cinematográfica del oeste norteamericano, tanto por las construcciones como por las escenas de violencia que se vivieron en aquél, similares a la ficción épica hollywoodense.

El delito era de tipo menor, sintetizable en la metáfora popular de “robo de gallinas”, aunque más habitual era el de ropa colgada. Este tipo de delito provocaba detenciones esporádicas en la comisaría del barrio de personajes conocidos por los que los sacerdotes (el padre Casas o el padre Dutto)[52] o alguna persona de influencia barrial intercedía ante la policía para lograr su libertad.

Los robos no eran sucedidos de acciones violentas. La sumisión clientelar, la prepotencia de los caudillos y sus sicarios, y la coacción política parecen haber sido los escenarios en los cuales sí se recuerdan situaciones de mayor violencia.

En momentos de la revolución de 1890, en los orígenes del Partido Radical, pescadores que habitaban en el centro aparecen en fotos como formando parte del “batallón” o “piquete”. Ya en el puerto la vida política puede dividirse someramente (hasta la década de 1940 avanzada) en tres etapas.

²³ Ver por ejemplo GEERTZ, Cliford *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1997, p. 339.

²⁴ Se trata de tirar al aire un hueso (en sus orígenes el astrágalo del pie del carnero), y de acuerdo a como cae (de “taba” o “suerte” o de “chuca” o “culo”) se gana o se pierde según las apuestas.

²⁵ GRECO, Fernando *Chicho Mazzacristo*, Ed. del Autor, Mar del Plata, 1992, p. 75.

En la primera de ellas, las tendencias políticas tomaron el cariz de la población inmigrante, socialistas, anarquistas (sobre todo españoles) e incluso comunistas. A pesar de esto, muchos inmigrantes italianos volvieron a su país a incorporarse como soldados en ocasión de las guerras mundiales.

El barrio puerto (a semejanza del barrio de la Boca en Buenos Aires) fue durante muchos años bastión del socialismo. Entre los pescadores surgió uno de los líderes más notables del socialismo marplatense como fue “don Teodoro”, hijo del pescador Juan Bronzini. El afianzamiento político del socialismo se dio cuando les fue permitido votar a los extranjeros en las elecciones municipales. Se votaba a un Partido Socialista cruzado por la masonería, pero el socialismo libertario es la tendencia más recurrente en los testimonios.

El anarquismo fue el frente agitador por excelencia entre los trabajadores de los primeros años del siglo XX, los cuales eran enfrentados con piquetes antihuelguistas [32] tanto en el barrio como en otras regiones del país.[33]

A partir de la década de 1930, con las instituciones democráticas coartadas por un golpe de estado y una restauración conservadora gobernando de forma fraudulenta y clientelar, el barrio tomó un perfil diferente. Tradicionalmente muchos actores del puerto han tenido acceso a altos sectores del poder político y económico. Esta posibilidad de mediación fue deviniendo en liderazgos locales cuyas raíces pueden haber sido anarquistas como el de “el pinche” José Ibáñez, oriundo de Almería. “El pinche” ejercía su influencia sobre la población y sobre los agentes de represión, cuyas autoridades eran designadas mediante influencia de los caudillos políticos y cuyos cuerpos subalternos eran reclutados entre los sectores más marginales.

El barrio puerto constituía un espacio de fuga para el control de los caudillos conservadores, que actuaban desde fuera del barrio o enviaban a sus sicarios para imponer de forma prepotente la sumisión de la población o cooptar adherentes.

Con el advenimiento del peronismo la vida política entró en su tercera etapa. La Unión Democrática, el conglomerado opositor que integraban entre otros conservadores, radicales y comunistas no pudo hacer pie en el puerto a pesar del proselitismo de sectores tan influyentes como las Damas Vicentinas. En su compleja composición, el peronismo aglutinó a sectores nacionalistas de un amplio espectro ideológico que de alguna manera quebró las redes de solidaridad clientelar.²⁶

Los pescadores fueron tentados por la actividad sindical y cooperativa con un limitado éxito. En el primer caso, debido a la característica mayormente familiar de la estructura

²⁶ Un testigo memorioso recuerda los autobuses cargados de pescadores que partieron hacia Buenos Aires para donar sangre para la salud y recuperación durante la agonía de Eva Perón.

de las unidades productivas.²⁷ El segundo, el perenne individualismo dentro de la actividad hizo tambalear a la actividad cooperativa.²⁸

8 – Mujeres, matrimonio y trabajo

La memoria de uno de los testimonios reconstruyó el siguiente diálogo:

- “– ¿Usted va a la casa de la tía Nanina?
- Si, le contestó Sebastián.
- ¡Qué linda que está Chiarina!
- Si, con ella me voy a casar.
- ¿Con esa? ¡Es de pretenciosa! Pescadores no quiere.
- ¡¿Qué no va a querer?!”[13]

La migración –masculina y solitaria– y la complicada integración de los pescadores al resto de la sociedad, dificultó la conformación de familias. El primer problema –como en muchos procesos colonizadores– era la carencia de mujeres. A esto se agregaba el bajo prestigio social que la actividad pesquera tenía por ese entonces en la percepción de status social. Incluso en momentos de la depresión económica a finales de la década de 1920, algunas mujeres dejaron a sus esposos pescadores empujadas por la miseria y atraídas por la esperanza de una vida mejor.

Formar una familia para los pescadores fue problemático dada la escasez de mujeres en su entorno y el recelo que provocaba su actividad fuera de él. La modalidad matrimonial que tomó vigencia y funcionalidad fue el casamiento “por poder”. Los inmigrantes buscaban casarse con una paisana, preferentemente que formara parte de la parentela. Con esta práctica además de la reproducción biológica se lograba una consolidación de la empresa familiar (fenómeno éste por cierto hartamente conocido). En algunos casos existía un conocimiento previo entre los contrayentes que había precedido a la migración y que había perdurado en el recuerdo de uno o de ambos.

Al menos en el puerto esta práctica estaba sesgada a los italianos y era observada con curiosidad y malicia por el resto de los grupos.²⁹ La recurrencia de este tipo de testimonios es inmensa, lo que habla de la intensidad de la práctica y explica la regularidad de apellidos presente en el barrio, dado que el matrimonio entre parientes se continuó luego de las primeras generaciones de inmigrantes.[59] El casamiento por poder, con mujeres muy jóvenes, generaba a éstas una dependencia muy fuerte del esposo. El desconocimiento del idioma, el desconocimiento del medio, la dependencia económica, la juventud de las esposas, etc. llevaba seguramente a una fuerte subordinación de la mujer, al menos al principio de la relación.

²⁷ A pesar de esto, como se ha visto, se conformaron la Sociedad de Marineros Pescadores, la Sociedad de Patrones Pescadores y se acordó el primer Convenio Colectivo de Trabajo entre ambas.

²⁸ MATEO, José “De la corporación a la Cooperativa”, en *Documentos de trabajo*, Universidad Argentina de la Empresa, 2002, pp. 160-173.

²⁹ Existe un refrán popular, aunque burdo parte de la cultura, que señala el contenido de ese poder: tener sexo.

La mujer se incorporaba a la unidad familiar para trabajar, ya sea en el hogar o fuera de éste. Su tarea central era el mantenimiento del hogar y su actividad extra más habitual la confección y reparación de redes.

Las mujeres, e incluso los niños solían colaborar en el salado de anchoas con fines comerciales en aquellas familias que habían optado por arriesgarse en esta actividad. Era, sin embargo, una actividad estacional que duraba poco más que la temporada de “cosecha” de esta especie (de septiembre a noviembre). Con el desarrollo de la industria conservera muchas mujeres tuvieron una opción laboral en las plantas.

La actividad pesquera, con los hombres habitando la mayor parte del tiempo en el mar y descansando gran parte del resto de sus días en tierra llevaba a que las mujeres elaboraran redes de solidaridad muy densas. Un sitio obligado de conocimiento, sociabilidad y proyección femenina –muy habitual en casi todas las culturas– era el lavado de ropa en el arroyo, frotando manos, jabón y ropa sobre una tabla de madera o una piedra mientras se actualizaba la información barrial. Los testimonios aquí vuelven a abundar, dejando al descubierto que esta actividad –al margen de una tarea hogareña– fue también una lucrativa profesión (costo de oportunidad mediante).

Sumados los trabajadores de la empresa a los pescadores e incluso a los comerciantes, en un ámbito de posibilidades matrimoniales complicadas, la cantidad de hombres solos, según surge de varios testimonios, era inmensa. Si bien la cifra de unos 5.000 clientes expuesta por algún entrevistado puede ser exagerada –aunque otros testimonios lo refuerzan–, no quita que éstos fueran numerosos. El lavado de ropa era una actividad que permitía también educar y controlar a las hijas solteras mientras incrementaban el ingreso hogareño.[59]

Con el trabajo de la mujer y de los hijos se completaba el ingreso familiar del pescador. El hombre y los hijos varones, o algún pariente agnaticio que conviviera con ellos iban “al agua” en unidades de pesca familiares. Estas fueron construyendo su identidad neolocal frente a sus paisanos, sus vecinos y el resto de la ciudad balnearia.

9 – Los unos y los otros

En el proceso de colonización del “pueblo de pescadores” iniciado en 1911 existieron dos grupos bien definidos que conformaban dos entramados socio-céntricos. En primer lugar aquellos ligados a la empresa constructora del puerto, primeros pobladores y en segundo el de aquellos que realizaban la actividad pesquera llegados, fundamentalmente, con posterioridad a 1922.

Entre ellos se ubicaron una serie de actores que desarrollaban diferentes actividades comerciales, brindaban distintos servicios a la comunidad que se fue conformando en las adyacencias a la banquina de pescadores o eran referentes del Estado en el paraje.

Estos tres grupos no se encontraban aislados entre sí ni carecían de jerarquías y conflictos internos. Los más evidentes en principio enfrentaba a la gente “de la empresa” con los pescadores, y esto se evidenciaba desde el mismo patrón de asentamiento:

“Juan era del barrio del al lado, de Edison para arriba, y yo de la parte de abajo cerca de la costa. La loma donde está el arroyo era cantera y eso dividía el barrio de abajo del de arriba. El de abajo se llamaba barrio de la empresa y el de arriba de los pescadores.”[23]

A estos conflictos de la sociedad portuense se sumaban y entremezclaban otros no menores con otra sociedad, llamada “del centro”, que surgían de la práctica cotidiana y se manifestaban sobre todo en aquellas oportunidades en que un vecino del puerto debía recurrir al comercio del centro. Aquellos vinculados a la empresa veían que ese trato discriminatorio hacia los pescadores se repetía injustamente contra ellos, acrecentando la distancia puesta con los pescadores a quienes consideraban una suerte de invasores de su armonía social.

“Cuando íbamos al centro a comprar si íbas bien arregladita, si se enteraban que eras del puerto, se asombraban. Lo que pasaba es que los pescadores venían con sus señoras y usaban zuecos eran muy pobres, entonces los ponían a todos en el mismo nivel, si eras del puerto no podían andar bien arreglado. A los del puerto se los denigraba un poco en aquella época.”[23]

A este conjunto de conflictos debieron sumarse los propios de la integración del inmigrante, siempre compleja. Integración que aquí estaba cruzada por cuestiones de clase. Sin embargo esta inmigración, como todas, estaba sesgada socialmente, y esta distancia en un balneario de lujo se hacía sentir seguramente con mayor rigor.

El barrio contribuyó a fijar las características del grupo dentro de su entorno social, étnico y profesional. Pero el barrio además constituyó un refugio frente a la discriminación nunca resuelta del centro, que contribuyó al aislamiento progresivo de sus habitantes. La posibilidad de suplir las necesidades de recurrir al centro fue acentuando este alejamiento y fortaleciendo la cohesión interna hasta donde fue posible.

La polaridad en la jerarquía económica, sin embargo, sufrió un cambio profundo a partir de los años 1940. Hasta los inicios de esa década la situación del barrio puerto era muy precaria, y esta precariedad se incrementó durante los años de la Gran Depresión. La finalización de hecho de las obras del puerto que requerían mayor cantidad de personal restó los salarios de éstos al comercio barrial. El diario *La Prensa* de Buenos Aires describía este panorama sórdido del barrio de pescadores.

“... la población del puerto vive en condiciones deplorables. Las calles intransitables, la iluminación escasa, la carencia de toda obra que signifique la conquista urbana acusan la inercia gubernativa [...] la población permanente del barrio, dedicada al comercio pesquero cuenta con 2.000 habitantes que carecen totalmente de servicios sanita-

rios, y la clase de viviendas, en su mayoría de madera, no permite la instalación de una red completa de cañerías para el servicio de agua y cloacas ...”³⁰

Más allá del aspecto que daba la imagen urbana y arquitectónica, las carencias y penurias de la sociedad portuense eran inmensas. Los testimonios de quienes recuerdan aquella época nos hablan de ollas populares, dificultades para vestirse dignamente,[15] y como si esto fuera poco, la mayor parte de los inmigrantes tenía además que enviar dinero a los familiares que quedaron en el país de origen.[13]

Sin embargo, la crisis de la década de 1930 trajo consigo el desarrollo de la industrialización sustitutiva y entre ellas la de la conserva de anchoita. La demanda errática del mercado porteño encontró, primero un complemento y luego un reemplazo entre los saladeros que comenzaban a transformarse en fábricas.

La guerra potenció esta industria, que se fue reflejando en el desarrollo urbano del puerto.[18] En 1943 concurrieron dos procesos que van a cambiar la polaridad de las jerarquías económico-sociales de la comunidad portuaria. El golpe de estado dado por un grupo de oficiales entre los que se destacaría posteriormente Juan Perón hizo que la empresa constructora del puerto dejara el país, vendiera sus instalaciones y maquinaria o las trasladara al puerto de Tanger que estaba construyendo.[16] Muchos empleados que decidieron quedarse o no emigraron con ella continuaron trabajando en ámbitos del Estado, como el Ministerio de obras Públicas o la entonces estatal Yacimiento Petrolíferos Fiscales (YPF). Simultáneamente ocurrió la fiebre del tiburón y con ella un mejor nivel de ingresos de los pescadores, como muchos de ellos recuerdan:

“La mejor época de la pesca fue en el 40 y pico, época del cazón y la caballa, todos los pescadores –como mis hermanos– en un año de ahorro podían construir sus casas.”[5]

Estudiantes universitarios, mecánicos e incluso picapedreros de Tandil [14] comenzaron a dedicarse a la pesca. Muchos pescadores nuevos no eran italianos y recuerdan incluso orgullosos que “fuimos los criollos los que nos metimos mar adentro”.[63] Muchos que no tenían una tradición familiar en la pesca adoptaron este oficio durante la coyuntura del tiburón y la continuaron hasta su retiro de la vida laboral, e incluso iniciaron una tradición familiar. Los hijos, al contrario de épocas anteriores en las que buscaban otra ocupación más segura y lucrativa, se vieron estimulados a continuar dentro del oficio de los padres.

El auge de la actividad pesquera tuvo su correlato demográfico. Para el año 1940 la población del puerto era de 6.710 personas,³¹ ascendiendo a 20.000 según el censo nacio-

³⁰ *La Prensa*, 25/02/1935.

³¹ República Argentina. Ministerio de Agricultura de la Nación. Dirección de Economía Rural y Estadística, *Censo de pesca y caza marina*, Ley 12.343, 1941, p. 1.

nal de 1947. A pesar de su indiferencia hacia los procesos que se vivían en la comunidad pesquera estos cambios comenzaron a ser percibidos tanto dentro como fuera de ella.

“Había diferencia entre la gente del centro y la del puerto. Juan B. Justo se llamaba Cincuentenario, pasando la avenida ya era gente rica, otro mundo. Había discriminación de la gente del centro a la del puerto. Cuando el puerto empezó a tener mejor nivel económico, entonces se notaba la diferencia al revés, porque tanto los italianos como la gente obrera iban al centro, a Los Gallegos³² y se compraban media tienda, entonces subían a los colectivos con diez, quince o veinte bolsas, mejor dicho paquetes de ese papel rosa atado con hilo blanco que usaban en la tienda. Por ejemplo papá cobraba el último día hábil del mes y era ir a comprar jabón de tocador, zapatos para nosotros, todo lo que nos hacía falta. Y en aquel entonces una fragata,³³ el papel de \$1.000 se venía con la mitad de vuelto y traía un montón de cosas.”[15]

La coyuntura del tiburón fue divisora de aguas para varias cuestiones. Entre éstas se destaca que si bien muchos comenzaron a pescar durante ella, otros dejaron de hacerlo luego del desastre de la tormenta de Santa Rosa en 1946. Sin embargo permitió una fase de acumulación que fue aprovechada de diversas formas por los pescadores.

10 – Dejar de trabajar o seguir hasta donde se pueda

Estas frases, de sendos pescadores de edad avanzada que vivieron el período heroico de la pesca costera, señalan las diferentes opciones seguidas por los pescadores marplatenses:

“Cuando llegaba la temporada de anchoita nos llenábamos de plata. Podíamos darnos el lujo de dejar de trabajar hasta la próxima temporada.”³⁴

“...me metí en el crédito e hicimos el barco grande, íbamos a ver hasta dónde llegábamos...”[57]

Algunos de ellos dejaron de trabajar en el momento en que las necesidades, culturalmente determinadas, de reproducción de sus condiciones de vida fueron satisfechas. Otros, hicieron uso de la brecha de promoción social y económica que el desarrollo de la actividad pesquera les ofreció.

A partir de la demanda coyuntural de tiburón, los pescadores pasaron a ser quienes mayor poder adquisitivo alcanzaron en el barrio, y la bonanza generada por la nueva de-

³² La primera “gran superficie” para compras de Mar del Plata.

³³ Imagen que llevaban los billetes de mil pesos.

³⁴ Sr. Vicente Amalfitano, *La Capital*, 10/10/1999.

manda, rompió con las redes clientelares fundadas en la beneficencia. Los pescadores comenzaron su propio proceso de acumulación.

La ganancia que produjo el tiburón permitió el ahorro de un excedente que tuvo en primera instancia la compra de una embarcación. El paso siguiente fue la construcción de la vivienda propia. La acumulación que la pesca del tiburón originaba, indujo la oferta de crédito externo a la pesca para la construcción de viviendas. A estos cambios se asoció el Estado peronista del primer plan quinquenal y su política de bienestar.

Pocas garantías de pago pueden ofrecer más riesgos que una unidad de pesca, pero con una vivienda erigida también surgían ofertas de dinero para la compra de embarcaciones.[35] Y con ellas, florecieron las empresas familiares de hecho, donde se dividían parentalmente las obligaciones abordo e incluso en tierra.

Al crédito para reproducción de los medios de vida siguió el crédito para desarrollo de las fuerzas productivas. Si consideramos a la vivienda entre los primeros, el acceso al crédito inmobiliario que les permitió alcanzar la vivienda propia (y en terreno propio se podría agregar) liberó del arriendo a los pescadores y sus ingresos pudieron ser invertidos en otras cosas, como ser medios de producción u otras aventuras económicas. Algunos intentos de acumulación en actividades que no dominaban fallaron y aquellos que los habían abordado debieron regresar a la actividad pesquera.

El incremento del esfuerzo de pesca o la reinversión en la unidad productiva no solieron estar entre las prioridades. Las embarcaciones costeras han sido las mismas en mucho más que su apariencia desde hace más o menos medio siglo. Sin embargo la circulación del capital muchas veces las tuvo como objeto mercantil, sobre todo desde la época del tiburón en adelante.

Algunos pescadores combinaron la actividad extractiva con la manufactura y conserva de pescado. El caso de las familias Solimeno y De Rosa, como ejemplos notables, introdujeron la red de cerco peruana para bonito, lo que requirió una inversión importante tanto en traslados de personas, compra del equipo y ensayos para aprendizaje y puesta a punto del arte.

Éstas y otras familias construyeron empresas exitosas a partir de la pesca, ejerciéndola en otra escala, o dejando de pescar y dedicándose a la provisión de insumos e industrialización. Como reflexionaba un viejo pescador, con un dejo de pesadumbre y por qué no algo de envidia: “Ahora algunos pescadores son ricos, se han hecho sus fábricas.”[23]

Estos ejemplos han sido el rostro exitoso de la empresa pesquera. Pero hubo éxitos no empresariales que estuvieron vinculados a actividades diferentes a la pesca, destacándose claramente la renta inmobiliaria.

El testimonio más detallado y de mayor éxito de este tipo de obtención de rentas nos lo da la biografía de Francisco Greco, ya citada. Allí podemos leer el proceso seguido para la acumulación edilicia. Greco llegó a tener 35 departamentos alquilados. Sus clientes – según hemos podido reconstruir a través de los domicilios de algunas de sus propiedades– eran otros pescadores, a veces parientes de los Greco.

Fernando Greco llama a esta construcción de viviendas para alquilar con las rentas que produce el propio alquiler “la cadena”. La misma estaba fundada en el crédito bancario, hipotecas, audacia y un fuerte impulso dado por la acumulación lograda con la pesca del tiburón. Las leyes de alquileres que favorecieron a los inquilinos impidieron que esta cadena siguiera eslabonándose hacia adelante durante los procesos inflacionarios que se iniciaron en los años cincuenta. Según el texto del propio Greco, muchos lo imitaron o trataron de hacerlo, constituyéndose en la estrategia elegida para el retiro por una gran cantidad de pescadores.

Las épocas buenas, por sí solas, no hacían del pescador un millonario.[39] Muchos pescadores no tuvieron la ocasión o la voluntad de ahorro como para generarse durante la vida activa un suplemento para la jubilación.³⁵ O simplemente no pudieron abandonar el mar. El yerno de un pescador me comentaba que cuando el hermano de su suegro obligó a éste a jubilarse y le impidió embarcarse en la lancha familiar, luego de una intensa discusión su suegro desarrolló el mal de Parkinson y su salud comenzó a decaer rápidamente. Éste, por lo que sabemos, no es un caso aislado.³⁶

Una característica que he observado entre los pescadores es la longevidad acompañada de una dilatada vida laboral. Seguir embarcándose luego de jubilarse constituía para los mayores una forma de suplementar su ingreso y de seguir ligados a la rutina de la pesca sintiéndose útiles. Para las unidades pesqueras representaba la posibilidad de contar con un tripulante calificado a quien pedir consejo y que, además, podía reparar el arte de pesca sin necesidad de regresar a puerto y detener la jornada de trabajo. Para aquellos que no han podido generarse una renta, el retiro está muy vinculado al tejido de redes, y no sólo por afición sino por la magra jubilación obtenida en la mayoría de los casos. Efectivamente, una vez que dejaban la embarcación muchos pescadores siguieron y siguen trabajando en los talleres de redes en tierra tanto como les es posible.³⁷

En la actividad pesquera el fracaso más rotundo y temido es, sin lugar a dudas, un naufragio. A veces durante épocas muy buenas un naufragio hacia zozobrar una familia. En la pesca la posibilidad está siempre presente ya que hay muchos factores más allá de los climatológicos que pueden provocarlos.

Al hecho emotivo de la pérdida del familiar en el mar se le agrega el de la pérdida de la unidad productiva, los reclamos de los deudos de los tripulantes no asociados a la empresa familiar y el consecuente desamparo de la familia que ha quedado en tierra. Otros pescadores que quedaban vivos tenían que hacerse cargo de las deudas, elaborar el duelo lo más rápido posible y volver al agua,[40] arriesgar más sus vidas y a veces sucumbir en otro naufragio.

³⁵ Un trámite que nunca fue sencillo.

³⁶ FIRTH, Raymond *Malay Fishermen. Their Peasant Economy*, The Norton Library, New York, 1975, p. 22.

³⁷ Ante la crisis del sector en la actualidad la Prefectura Nacional Marítima se encuentra analizando la posibilidad de crear una licencia para embarcarse (o “Libreta de Embarque”) para pescadores ya jubilados (información recibida del Presidente de la Sociedad de Patronos Pescadores Sr. Luis Ignoto).

A modo de conclusión: el declive

Al margen de las desgracias laborales, la pesca costera inició su propia caída como actividad económica en el último cuarto del siglo XX. Hacia 1975 Argentina exhibía una industria sustitutiva, con un desarrollo importante. Las exportaciones eran dominadas por los rubros agrarios tradicionales. Sus habitantes gozaban de la distribución del ingreso nacional más equitativo de América Latina. La interrupción del estado de derecho que tuvo como herramienta a las Fuerzas Armadas y como resultado la represión más violenta de la historia del país fue el vehículo de instauración de otro modelo económico, el rentístico financiero. La economía basada en la apertura indiscriminada y el endeudamiento externo fue minando la economía real del país. La pesca costera no estuvo ajena a este proceso. Un pescador italiano que no vivió la época del tiburón, ya que llegó al país en 1951, recuerda con cierta nostalgia:

“La vida del pescador siempre ha sido muy dura, pero antes ese sacrificio se pagaba bien. Hoy la rentabilidad ha caído aunque las exigencias y los riesgos siguen siendo enormes. La mejor época de las lanchas amarillas fue del '55 hasta el '70. Después hubo una pequeña estabilidad y posteriormente comenzó esta crisis que parece no tener fin.”³⁸

La industria conservera y la producción de harinas de pescado consumían, hacia mediados de la década de 1970, el 91% de la extracción de la flota costera. La conflictividad social, de una sociedad que sin experimentación política se creía, no obstante, capaz de modificar la realidad social con sus reclamos y movilización, fue presionando sobre diferentes segmentos de la integración vertical de la cadena productiva. Los conflictos gremiales sobre todo en las fábricas detuvieron casi en seco la demanda. La importación de conserva y harinas de pescado volvió a ganar terreno por sobre la producción local.³⁹

Durante el período heroico además, la modernización de las unidades de pesca costera había sido muy moderada. El propio FAO consideraba que la flota costera era obsoleta y que en pocos años sucumbiría. El apoyo del Estado se orientó hacia la pesca de altura, iniciándose el declive progresivo, aunque no muerte, de la flota costera.

La compra de alhajas fue tan importante durante el período heroico que se instaló en el puerto una joyería, de las más tradicionales de la ciudad.[38] La ilusión de una bonanza eterna suscitó el gasto improductivo. Viajes a Italia para demostrar el éxito del emigrado o a Miami a realizar compras de objetos exóticos; la construcción de una vivienda importante fuera del barrio; la compra de uno o varios automóviles para exhibir el progreso;⁴⁰ o dar

³⁸ Entrevista reproducida en la revista *Mar del Plata Hoy*, Mar del Plata, Ed. Propuestas, núm. 1, noviembre de 1993, p. 28.

³⁹ FAO *Proyecto de Desarrollo Pesquero*, Documento de Trabajo, núm. 15, julio 1968.

⁴⁰ Las maestras de la escuela pública de aquellos años recuerdan la frase “llegaron los sonajeros”, aludiendo al batido de las llaves de coches en las manos de las madres que venían a retirar a sus hijos, produciendo

rienda suelta a algunos vicios (mayores o menores), fueron llevándose la renta pesquera percibida por muchas familias.[5]

Hubo también en algunos casos ahorro e inversión financiera. Sin embargo, aquellos seducidos por altas tasas de interés fueron defraudados por los quebrantos en cadena de varias instituciones.⁴¹

Como contracara, aquellos que habían diversificado su patrón de inversión, construyendo viviendas, instalando almacenes navales, aprovechando las posibilidades para emplazar plantas de procesado de pescado o intentando una pesca de mayor productividad, pudieron insertarse en las nuevas condiciones que se fueron delineando para la actividad y convertir la empresa doméstica en prósperas empresas comerciales.

El número de pescadores argentinos fue en aumento, pero dado que el desarrollo de las fuerzas productivas requiere cada vez menor calificación laboral no sorprende encontrar pescadores oriundos de provincias lejanas al litoral marítimo. Hoy manifiestan y defienden con orgullo esta profesión personas para quienes unas décadas atrás el mar era sólo una abstracción.

El barrio puerto hoy sólo es habitado por parte de los pescadores. Sin embargo, sigue siendo un referente cultural tanto para los pescadores como para aquellos vinculados a la pesca que ya no viven en él. Es quizás el rincón de mayor densidad histórica de Mar del Plata. Allí creció el concepto de comunidad con sus componentes usuales de solidaridad y conflicto, de cohesión y dispersión. En apariencia, la ciudad de Mar del Plata y su barrio puerto se excluyeron mutuamente. Sin embargo la identidad portuaria, italiana o pescadora en su sentido colectivo no anuló ni comprometió la identidad personal, política, de clase o religiosa entre otras.

Mar del Plata, noviembre de 2003

embotellamientos de automóviles a la salida de clase cuando el trayecto a recorrer con ellos era de pocas calles.

⁴¹ Como el Banco Regional Patagónico que quebró hacia 1979 o el Alas Cooperativo Limitado que lo hizo en 1985.



Entrevistados			
Entrevista N°	Sexo	Edad en 2003	Ocupación
1	Mujer	75	Esposa de pescador
2	Hombre	84	Empleado de la empresa constructora del puerto
3	Hombre	Ca. 80	Esposa de pescador
4	Hombre	Ca. 80	Empleado de la empresa constructora del puerto
5	Hombre	89	Pescador
6	Mujer	94	Esposa de pescador
7	Hombre	Ca. 95	Pescador
8	Hombre	94	Pescador
9	Mujer	58	Hija de empleado de la empresa constructora del puerto
10	Hombre	86	Pescador, dirigente del sector
11	Mujer	86	Comerciante
12	Hombre	83	Médico
13	Mujer	85	Esposa de pescador
14	Hombre	93	Pescador
15	Mujer	51	Habitante del puerto
16	Hombre	81	Empleado de la empresa constructora del puerto
17	Mujer	71	Hija de empleado de la empresa constructora del puerto
18	Mujer	96	Esposa de buzo
19	Mujer	Ca. 80	Hija de empleado de la empresa constructora del puerto
20	Hombre	72	Pescador

21	Hombre	Ca. 80	Comerciante
22	Hombre	S/d	Comerciante
23	Mujer	82	Empleada en fábrica de conservas
24	Hombre	86	Empleado de la empresa constructora del puerto
25	Mujer	76	Pescador, dirigente del sector
26	Hombre	72	Carpintero naval
27	Hombre	S/d	Empresario
28	Hombre	79	Empleado de la empresa constructora del puerto
29	Hombre	73	Comerciante
30	Mujer	84	Esposa de pescador
31	Hombre	Ca. 80	Pescador
32	Hombre	Ca. 80	Empleado de la empresa constructora del puerto
33	Mujer	90	Pescador, dirigente del sector
34	Hombre	84	Empleado de la empresa constructora del puerto
35	Hombre	82	Pescador
36	Mujer	Ca. 80	Hija de empleado de la empresa constructora del puerto
37	Mujer	83	Esposa de empleado de la empresa constructora del puerto
38	Mujer	65	Comerciante
39	Hombre	57	Pescador
40	Mujer	85	Esposa de pescador
41	Mujer	Ca. 90	Hija de empleado de la empresa constructora del puerto
42	Hombre	93	Pescador

43	Hombre	92	Empleado de la empresa constructora del puerto
44	Hombre	90	Pescador
45	Hombre	Ca. 90	Comerciante
46	Hombre	79	Empleado de la empresa constructora del puerto
47	Hombre	74	Comerciante
48	Mujer	Ca. 85	Esposa de pescador
50	Hombre	79	Pescador
51	Hombre	Ca. 90	Pescador
52	Mujer	78	Habitante del puerto
53	Hombre	89	Pescador
54	Hombre	88	Pescador
55	Hombre	70	Pescador, dirigente del sector
56	Mujer	86	Empleada en fábrica de conservas
57	Hombre	76	Pescador
58	Mujer	78	Esposa de comerciante
59	Hombre	72	Pescador
60	Hombre	84	Pescador
61	Hombre	56	Comerciante
63	Hombre	Ca. 70	Pescador, dirigente del sector
65	Hombre	65	Dirigente del sector
66	Hombre	92	Biólogo